



Lectura del santo Evangelio según san Mateo 4, 1-11:

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó: «Está escrito: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"».

Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras"». Jesús le dijo: «También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"». De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te prostras y me adoras».

Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto"». Entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y lo servían.



La Cuaresma, camino de auténtica conversión (Benedicto XVI)

Hoy, miércoles de Ceniza, volvemos a emprender el camino cuaresmal, animados por un espíritu más intenso de oración y de reflexión, de penitencia y de ayuno. Entramos en un tiempo litúrgico "fuerte" que, mientras nos prepara para las celebraciones de la Pascua —corazón y centro del año litúrgico y de toda nuestra vida—, nos invita, más aún, nos estimula a dar un impulso más decidido a nuestra vida cristiana.

Dado que los compromisos, los afanes y las preocupaciones nos hacen caer en la rutina y nos exponen al peligro de olvidar cuán extraordinaria es la aventura en la que nos ha implicado Jesús, **necesitamos recomenzar cada día nuestro exigente itinerario de vida evangélica**, recogiéndonos interiormente con momentos de pausa que regeneren el espíritu. Con el antiguo rito de la imposición de la ceniza, la Iglesia nos introduce en la Cuaresma como en un gran retiro espiritual que dura cuarenta días.

Entremos, por tanto, en el clima cuaresmal, que nos ayuda a **redescubrir el don de la fe** recibida con el Bautismo y nos lleva a acercarnos al sacramento de la Reconciliación, poniendo nuestro esfuerzo de conversión bajo el signo de la misericordia divina. En los orígenes, en la Iglesia primitiva, la Cuaresma era el tiempo privilegiado para la preparación de los catecúmenos a los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, que se celebraban en la Vigilia pascual. La Cuaresma se consideraba el tiempo para llegar a ser cristianos, lo cual no se lograba en un solo momento, sino que exigía un **largo camino de conversión y renovación**.

A esta preparación se unían también los que ya estaban bautizados, reactivando el recuerdo del sacramento recibido y disponiéndose a una renovada comunión con Cristo en la celebración gozosa de la Pascua. Así, la Cuaresma tenía, y sigue teniendo, el carácter de un itinerario bautismal, en el sentido de que ayuda a mantener despierta la conciencia de que *ser cristianos se realiza siempre como un nuevo hacerse cristianos*: nunca es una historia concluida que queda a nuestras espaldas, sino un camino que exige siempre un nuevo ejercicio.

Al imponer sobre la cabeza la ceniza, el celebrante dice: "*Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás*" (cf. Gn 3, 19), o repite la invitación de Jesús: "*Convertíos y creed en el Evangelio*" (cf. Mc 1, 15). Ambas fórmulas recuerdan la verdad de la existencia humana: somos criaturas limitadas, **pecadores que siempre necesitamos penitencia y conversión**. ¡Qué importante es escuchar y acoger este llamamiento en nuestro tiempo! El hombre contemporáneo, cuando proclama su total autonomía de Dios, se hace esclavo de sí mismo, y con frecuencia se encuentra en una soledad sin consuelo.

Por tanto, **la invitación a la conversión es un impulso a volver a los brazos de Dios**, Padre tierno y misericordioso, **a fiarse de él**, a abandonarse a él como hijos adoptivos, regenerados por su amor. La Iglesia, con sabia pedagogía, repite que la conversión es ante todo una **gracia**, un don que abre el corazón a la infinita

bondad de Dios. Él mismo previene con su gracia nuestro deseo de conversión y acompaña nuestros esfuerzos hacia la plena adhesión a su voluntad salvífica. Así, convertirse quiere decir dejarse conquistar por Jesús (cf. *Flp* 3, 12) y "volver" con él al Padre.

La conversión implica, por tanto, **aprender humildemente en la escuela de Jesús y caminar siguiendo dócilmente sus huellas**. Son iluminadoras las palabras con que él mismo indica las condiciones para ser de verdad sus discípulos. Después de afirmar: *"Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará"*, añade: *"¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?"* (*Mc* 8, 35-36).

La conquista del éxito, la obsesión por el prestigio y la búsqueda de las comodidades, cuando absorben totalmente la vida hasta excluir a Dios del propio horizonte, ¿llevan verdaderamente a la felicidad? ¿Puede haber felicidad auténtica prescindiendo de Dios? La experiencia demuestra que no se es feliz por el hecho de satisfacer las expectativas y las exigencias materiales. En realidad, **la única alegría que llena el corazón humano es la que procede de Dios**. De hecho, tenemos necesidad de la alegría infinita. Ni las preocupaciones diarias, ni las dificultades de la vida logran apagar la alegría que nace de la amistad con Dios.

La invitación de Jesús a cargar con la propia cruz y seguirle, en un primer momento puede parecer dura y contraria de lo que queremos; nos puede parecer que va contra nuestro deseo de realización personal. Pero si lo miramos bien, nos damos cuenta de que no es así: el testimonio de los santos demuestra que, **en la cruz de Cristo, en el amor que se entrega, renunciando a la posesión de sí mismo, se encuentra la profunda serenidad** que es manantial de entrega generosa a los hermanos, en especial, a los pobres y necesitados. Y esto también nos da alegría a nosotros mismos.

El camino cuaresmal de conversión, que hoy emprendemos con toda la Iglesia, se convierte, por tanto, en la ocasión propicia, *"el momento favorable"* (cf. *2 Co* 6, 2) para **renovar nuestro abandono filial en las manos de Dios** y para poner en práctica lo que Jesús sigue repitiéndonos: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"* (*Mc* 8, 34), y así emprenda el **camino del amor** y de la auténtica felicidad. En el tiempo de Cuaresma, la Iglesia, haciéndose eco del Evangelio, propone algunos compromisos específicos que acompañan a los fieles en este itinerario de renovación interior: la **oración**, el **ayuno** y la **limosna**. (...)

Queridos hermanos y hermanas, pidamos a la Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia, que nos acompañe en el camino cuaresmal, para que sea un camino de auténtica conversión. **Dejémonos guiar por Ella** y llegaremos interiormente renovados a la celebración del gran misterio de la Pascua de Cristo, revelación suprema del amor misericordioso de Dios. ¡Buena Cuaresma a todos! (6.2.08)

MEDITACIÓN DEL P. TOMÁS MORALES

Jesús se encaminó al desierto

A impulso del Espíritu que le guía, huye a la soledad del monte de la Cuarentena después del bautismo, antes de iniciar su vida pública. El Espíritu **le condujo** (Mt), **le empujó** (Lc), **le lanzó** (Mc). Los tres sinópticos se han puesto de acuerdo para revelarnos la intensidad creciente de la acción del Espíritu en el alma del Verbo encarnado.

Se encamina al desierto llevando con Él a la Iglesia toda. Nosotros, llenos también del Espíritu Santo, debemos buscar, como por instinto, el desierto de la oración, la soledad de Dios. Fatigados por el continuo ajetreo de la vida, añoramos la paz silenciosa de la plegaria íntima. Nos dejamos arrastrar por el Espíritu para contemplar con amor el ayuno y la tentación de Jesús. «—Madre: empújanos al desierto con Jesús. Rodeando a Jesús, **queremos imitarle y acompañarle en oración y penitencia en la lucha contra sus enemigos**».

Jesús fue conducido al desierto. Ley del retiro y del retorno. La soledad es la patria de los fuertes; el silencio, su plegaria. El cristiano coherente lo sabe muy bien. Por eso, cada día siente más ansias de soledad, de **Dios saboreado en vida oculta**. Quiere hundirse más y más en sólo Dios. Va cayendo en la cuenta del vacío que dejan todas las cosas de la tierra, y siente ansias tremendas de Dios. Aspira a sepultarse en el silencio. Las luces divinas más elevadas descienden al alma en el silencio del amor. «La mayor necesidad que tenemos para aprovechar es de callar a este gran Dios con el apetito y con la lengua, cuyo lenguaje, que Él sólo oye, es **el llamado de amor**» (San Juan de la Cruz). La soledad espanta al hombre esclavizado por sus pasiones. Para

él, el ruido es atmósfera indispensable para ahogar la voz de su conciencia. El silencio le resulta insoportable. Ignora que la soledad no es vacío, sino plenitud. No es desierto, sino oasis. *De su desierto hará el Señor un vergel; y de su soledad, un paraíso, donde habrá gozo y alegría, acción de gracias y cantos de alabanza* (Is 51,3).

En los cuarenta días y cuarenta noches, nada comió

Penitencia, austeridad. Estuvo en el desierto entre las fieras. Ni habitación, ni comida. Rocas, alimañas, intemperie, son su compañía. —«Madre: que le mire, que le vea, que le contemple con amor». Lucha contra el mundo —molice, comodidad—, guerrea contra la carne —penitencia—. Sufre sus consecuencias, experimenta la debilidad. *Sintió hambre*, dice el Evangelio. Y **todo pensando en mí**. Preveía mis pocas fuerzas, se daba cuenta de que el mundo me envuelve con su *sabiduría, enemiga de Dios, necesidad a sus ojos* (1 Co 3,19). Quería merecerme un suplemento de fuerza divina, de gracia, para ser cristiano y portador de la cruz. *Si alguno quiere venir en pos de mí y ser mi discípulo...*

La oración —desierto— y la penitencia —ayuno—, nos dan la clave de la victoria que va a obtener Jesús sobre Satanás. Demuestran que **sólo el bautizado que se arma continuamente de ellas, que se reviste de extraordinaria austeridad y rebosa profundísima oración, puede triunfar del enemigo** en todos los frentes.

Era tentado por Satanás

Esto es, quizá, lo más misterioso y conmovedor del evangelio. Misterioso: **la santidad de Jesús se deja tentar por Satanás**. Conmovedor: **hasta ahí quiere hacerse semejante a nosotros...** Sabía que los cristianos serían rabiosamente atacados por el enemigo en todos los flancos. Se compadeció de sus sufrimientos y luchas. **Quiso precederlos con el ejemplo**, llevar sobre Él todos los ataques que contra ellos desataría el adversario.

Las tentaciones no fueron tres. Se multiplicaron las embestidas furiosas a lo largo de la cuarentena. *Era tentado*, te dice el evangelio. *Era tentado*; imperfecto que denota permanencia de la acción a lo largo del tiempo. Era tentado, sufría. **Para que yo no me extrañe de padecer tentaciones, persecuciones...** Y con paciencia las superaba, enseñándome. «Para guardar el espíritu, no hay mejor que padecer, y hacer, y callar, y cerrar los sentidos con uso e inclinación de soledad y olvido de toda criatura» (San Juan de la Cruz).

Evangelio misterioso

Lo es el de la tentación de Jesús que la Iglesia en su liturgia siempre nos lo presenta en el pórtico mismo de la Cuaresma. La «santa cuarentena», como la llamaban los primeros cristianos, es lucha contra los enemigos con las mismas armas de Jesús: oración, penitencia, inundadas de amor al Padre, de amor a las almas. Porque Jesús nos enseña también a bañar nuestra austeridad y nuestra plegaria en amor apasionado al Padre de los cielos, a las almas de nuestros hermanos. **No es el sacrificio, es el amor el fin y el medio. El amor puesto en acción**, eso es el sacrificio como diría Santa Isabel de la Trinidad.

Evangelio misterioso. Es el prólogo de la historia de Jesús, de la historia de su Iglesia y de las almas, de mi propia vida en la tierra. El combate sostenido por Cristo y todos los cristianos, estrechamente aliados con las almas contemplativas, verdadera retaguardia orante, *no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra principados y potestades del mundo de las tinieblas, contra los espíritus del mal* (Ef 6,12). Es Satanás, que trata de desviar a Jesús del camino trazado por el Padre: un reino de pobreza y humildad, una redención por y en la cruz. Quiere inducirle a un mesianismo carnal, mundano: festines, dinero, vanidad, dominación universal. Y todo ello bajo la tapadera de la mayor gloria de Dios, citando frases de la Sagrada Escritura. **Así se disfraza el malvado, hoy como ayer, con Jesucristo como con sus cristianos**. Así lo ha hecho tantas veces conmigo, y con las instituciones de la Iglesia, para truncar los designios de Dios. Es lo que está haciendo en cada momento de la historia en la Iglesia, en la vida de las almas.

No lo olvidemos. Jesucristo fue tentado por Satanás no sólo como Hijo de Dios, sino como Cabeza del Cuerpo místico. Él, Jefe, *Autor y consumidor de nuestra fe* (Hb 12,2), recapituló, sufrió todos los ataques a su Iglesia. Por tanto, mis sufrimientos, mis tentaciones, ya no son míos, son de Jesús, pues yo con Él y en Él soy una misma cosa, formo una única persona moral. Con Él y con mis hermanos. Luego mis sufrimientos se derraman fecundantes sobre el Cuerpo místico, salvan almas, suscitan inquietudes, hacen circular la vida divina. «No sé qué me pasa —me escribía un joven que se había tomado en serio su bautismo—. Me siento universal. No se me ocurre ofrecer por nadie en particular, sino **para que las almas tengan vida, y la tengan más abundante**». Y una joven me decía: «Me gusta mucho ver la grandeza de Dios en el Cuerpo místico de la Iglesia, sin saber dónde cae ni de dónde te viene la gracia para seguir adelante».

Tres tentaciones

Todos los asaltos del enemigo contra Jesús y su Iglesia se reducen a tres. Por eso, el evangelio de toda la cuarentena sólo nos refiere tres tentaciones. Las imágenes y palabras que las representa fueron elegidas con grandísima habilidad. Trataba el enemigo de seducir a Jesús, si ello hubiese sido posible. Le propone realizar el programa del falso mesianismo judío: un Mesías que multiplique milagros para satisfacer su personal voluntad o la del pueblo (1ª tentación); que aparezca vanidosamente, con teatralidad (2ª tentación); que se presente como ambicioso rey universal (3ª tentación). Un mesianismo que excluye la cruz.

Lo mismo hará con cada uno de nosotros para sacarnos de la bandera de Jesucristo, con la Iglesia toda. Primero, **«codicia de riquezas»**, vida cómoda, bienestar físico, corporal. El cristiano que tiene que estar en pleno mundo, te dice, tienen que ser como los demás que te rodean, uno más, para no chocar. Segundo, **«vano honor del mundo»**; que te vean y te admiren, que tenemos éxitos, que se multiplican las obras. Olvidándonos del fermento oculto en la masa; exhibicionismos, teatralidad en el apostolado. Tercero, **«crecida soberbia»**; quitándose ya la careta, prometiendo lo que no puede dar, empujando a la deserción total (cf. San Ignacio de Loyola, Libro de los ejercicios). *Todos estos reinos te daré si, postrado en tierra, me adorares*; si renuncias a tu deseo de santidad, a tu austeridad de vida, a tu oración, a tu obediencia, te haré feliz, pero a condición... de que me adores.

Evangelio del consuelo

El amor de Jesús resplandece en toda la narración. Debe inundar siempre tu oración, para sintonizar con tantas almas consagradas y contemplativas, con la Iglesia toda. **Jesús hecho como yo hasta la tentación, permitiendo que el enemigo le ataque**, le zarandee, le lleve de acá para allá por los aires..., inaudito, misterioso. **El amor hace locuras... por mí**. Me lleno de alegría en medio de mis tribulaciones al pensar que no son mías: son de Jesús, de su Cuerpo místico, de mis hermanos.

Evangelio de la confianza

En Él y con Él, triunfo en mis luchas contra Satanás. En Él y con Él, mi vida en la tierra será victoria sobre el enemigo. *Vivo yo; mas no soy yo, es Cristo quien vive en mí (Gal 2,20)*. **Si yo estoy incorporado a Él por la vida divina, ya no lucho yo, es Él quien lucha en mí**. Cuando el enemigo ataca, es mi Cabeza, Jesús, quien le increpa: «¿Qué quieres conmigo? Él ya no existe, ha desaparecido en mí al bautizarse». Cuando a un niño le das una manzana y se la come, desaparece; no la busques más. Tampoco busques a este cristiano; ha desaparecido en mí. —«Madre: a tu lado, quiero contemplar y vivir este evangelio imitando a Jesús. Santifica, Madre, a tu Iglesia. **Danos sacerdotes santos**. Multiplica las vocaciones para que la juventud resucite con Cristo a la vida divina».

Nada tengo que temer viviendo en Cristo por la fe. Él se dejó tentar *para ser en todo semejante a sus hermanos*. Sé que «Cristo fue tentado para que el cristiano no fuese vencido; para que, siendo Él vencedor, también nosotros fuésemos vencedores» (San Agustín). «Sé que el demonio no engañará al alma que en ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe» (Santa Teresa).

REZA ESTA ORACIÓN CADA DÍA

Inmaculada Madre de Dios: En estos días de tus apariciones, venimos a pedirte un milagro. Un milagro para todos nuestros hermanos del mundo. Un prodigio más de esa catarata que desde hace más de un siglo vienes derramando en Lourdes. Un milagro que nos haga morir con Cristo a lo largo de la Cuaresma, para resucitar con Él en el gran Domingo de la Pascua. Un milagro para cumplir tu consigna: Penitencia por la conversión de los pecadores, para que la juventud tenga Vida y la tenga más abundante.

Poderosísima y buenísima Madre nuestra: Concédenos el milagro que te pedimos. El milagro que más te agrada dispensar. **Queremos ardientemente entrar en el camino de la santidad. Santidad sencilla y alegre como la tuya, sin acciones brillantes; que se sepa ocultar siempre sin llamar la atención nunca**. Danos un corazón que desaparezca con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que acepte con amor los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para amarte sin medida, incansable y viril para conquistarte almas. Un corazón amante sin exigir retorno, gozoso de desaparecer en otro corazón, que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de Luz, de Amor, de Vida. Así sea.